

Yendo

19:02

Analía Couceyro

19:05



emecé

Analía Couceyro

Yendo

emecé

:)

Morocha linda, alta, princesa dark, chateando con Juanma.
No alcanzo a leer qué recibe
pero cada dos respuestas una es
jajajajajajaj

o
jaaaaaaa
o jaksjjj!

En su rostro de beldad andina, sin embargo, no veo
esbozo de sonrisa.

Nada en su expresión transmite diversión ni alegría,
sospecho que la princesa dark miente
con sus onomatopeyas
en una mezcla de seducción y hastío.

Se le levanta el puño de la campera de cuero y deja ver
un fragmento de tatuaje que dice
his it.

¿Qué hay antes de *his*?

¿Por qué se ríe, tan falsa, con Juanma?

¿Por qué él insiste?

¿Qué frase podría culminar en *his it*?

Luchas gremiales me dan tiempo de atraco
entre la maroma matutina

hasta que me bajo,
donde me recibe una pintada:
No mear aquí con una flecha que señala o delimita
ese *aquí*.

Como cada martes, me reprocho otro lunes de franco sin haber visitado a mi madre. La última vez que la vi le conté del trabajo nuevo y se atragantó con torta rogel en un acceso de risa que la envolvió en una nube de azúcar impalpable.

—¿La muñeca gigante que estaba en La Rural? ¡Pero eso fue hace cuarenta años!

—Sí, mamá, esta es una versión nueva, con mejor tecnología. Se llama Karen.

—La original era horrible, entrabas por esa bocota abierta y empezabas a caminar por el esófago, todo de cartapesta, oscuro y frío, te llevé porque insistías y te asustaste tanto que te largaste a llorar y hubo que sacarte antes de llegar al útero, que se suponía era la atracción principal con ese feto deforme adentro. Un asco.

—¿Yo fui?

—Nunca te acordás de nada. Qué triste haber atravesado la niñez, la adolescencia y la juventud sin huella. ¿Te pagan bien?

—Más o menos.

—¿Y vas a cruzar la ciudad en tres colectivos para estar adentro de la muñeca? ¿Quiénes van a ir?

—Niños, supongo, es algo educativo, una forma interactiva de aprender anatomía.

—¡Vos odiás a los niños! La última vez me dijiste que por eso no quisiste tener. Por eso y por lesbiana, me lo tuviste que confesar.

—No te confesé nada, mamá, te dije que tenía novia.

—¿La voy a conocer?

—Ahora justo nos tomamos un tiempo.

—Estás en mesa de saldos, no hay caso. Haber agarrado ese trabajo en un lugar que te traumó de chica...

—No tengo registro de haber ido.

—En algún lugar queda lo que olvidamos.

Cara de gran verdad acompaña. Asiento.

—Voy a rotar por las diferentes salas. Contar los visitantes. Vigilar que no vandalicen.

—¿Y esta Karen también está embarazada?

—Sí. Se puede tocar el feto a través de la placenta.

—Seguro se llena de colegios parroquiales, qué porquería. Te tendrías que haber quedado en Alemania, cuando la beca.

Sorbidos largos de rechupado mate. Suyos, yo detesto la infusión nacional.

—Fue hace treinta años la beca, ma.

—¿Ya?

Fin de la torta rogel. Ese tono de voz tan de ella, agudo y conciliador.

—No te preocupes, vas a trabajar poco. Los chicos ahora ven todo en el teléfono. Va a ser un fracaso.

Mi madre lo predijo. Karen es un fiasco.

Hoy me toca páncreas y durante mis cinco horas de turno no recibo visitantes. La inmutable languidez transcurre entre las telas rosas grisáceas que revisten el duodeno. Sin embargo, un rato antes de la salida, me embarga una efervescencia desconocida. Desde que soy ladrona de chats es como si vislumbrara una cita en el largo trayecto de regreso que me espera.

Posible víctima resulta boludón tomado por jueguito donde debe salvar a un rey de morir ahogado en agua o en arenas movedizas

o ser presa de un dragón incendiario.

Me consta que es la versión Premium, cuyo eslogan exclama: *¡Libre de publicidades!*

Que alguien pague por un jueguito que consiste en mover gemas coloridas para rescatar a un monarca encerrado en su castillo me resulta un sinsentido.

Canosa con herpes en el labio superior ríe de unas frases escritas en placas blancas sobre fondo rojo, como de canal de noticias, no comprendo los enunciados ni su reacción.

Analfabeta de lo real, no distingo ya anuncios gubernamentales de memes, no tengo asidero, no tengo deseo.

Le explota el herpes y durante un rato no se da cuenta,

es una caníbal sonriente con su boca llena de sangre
hasta que saca un pañuelo de papel y se cubre recatada.
Ya no ríe.

Los jueguitos, los memes, los tuits, las stories
me deprimen, me expulsan,
quedo inapetente.
Necesito diálogos que incluyan líneas de texto,
respuestas, silencios,
dedos que dudan, correctores...
La inteligencia de las manos, la velocidad táctil
al servicio de la construcción de un relato,
de vínculos. Olisqueo cómo se comunican quienes
me rodean,
qué consumen me aburre,
como me aburren mis historiales, mis dilaciones sosas.
Mis acumulaciones.
Al temor de siempre
de qué encontrarán en mi placard cuando me muera
y qué foto pondrá mi madre junto a mi epitafio,
se suma ahora que a alguien se le ocurra rastrear
mis últimas búsquedas de Google.
Un fiscal mediático buscó pornografía y
“qué hay después de la muerte”
antes de llevar a cabo su suicidio misterioso.
Ruego no morir en circunstancias confusas y
que alguien investigue qué acababa de googlear.
La señora de raíces desteñidas sentada a mi lado,
fascinada con un tutorial

cuyo título reza:

Adiós a los síntomas del mal de orín en minutos.

¿Espía espiada?

Paranoica, creo que alguien intenta leer de reojo mis notas.

Taquicardia. Episodios recurrentes cuando tengo insomnio o me excito.

A veces se vuelven escalofriantes.

Pura voluntad del cuerpo.

Pulsaciones obstinadas como las uñas crecientes de los muertos.

Tengo una teoría para mi taquicardia: estoy demasiado flaca y

contra mi esternón huesudo
resuenan más fuerte los latidos

que cuando ahí había algo más de carne.

No creo que esta teoría tenga sustento científico, pero pensar que es un efecto sonoro me tranquiliza.

Recuerdo *El carterista*.

Bresson decía que era una película de manos, objetos y miradas.

Cuando vuelvo a casa busco entre sus libros y me alivio...

Le robaré también a él.

Bresson me autoriza:

no somos responsables de las ideas que nos vienen a la mente.

:|

Con su dejadez, mi casa me expulsa. Deambulando, como sin ganas unas rodajas de pan lactal dudoso con restos de dulce de batata. No es esa la ingestión que me urge. No veo la hora de salir a la calle, ahí sí me podré dar mis buenos atracones de decires intrusos. Colectivo 107, metrobus 166 y subte D me conducirán a mis cinco horas en el intestino grueso de Karen (sorprendentemente la parte más cálida y acogedora de su ser muñeca). A la salida dos colectivos rebosantes de tentaciones para llegar al único momento de reposo cerebral: mi práctica de yoga Iyengar y las sesenta respiraciones durante Sirsasana, la postura del paro de cabeza.

Puros videítos de fútbol.

Un viaje largo en metrobus sin chances de rapiña.

O será que vuelve la apatía.

La nube llena.

No más almacenamiento hepático ni de muchos tipos.

A mi pregunta sobre cuándo empiezan y terminan
las pasiones

sumaría cuánto duran

y, si vuelven, cómo

y para qué.

Ver el mundo con ojos de interés nuevo,
entusiasmarse con pavadas,
recortar la experiencia cotidiana de estos
viajes repetidos,
quizás sirvan como ortopedia, como reemplazo.

No me enamoro más,

no bebo más,

bailo cada vez menos,

pronto voy a dejar de menstruar y

me voy a transformar al fin en

una mujer...

una mujer menopáusica,

imaginario solo comparable al horror de
la puérpera.

La medicina y su sadismo capaz de definiciones como:
primípara añosa.

Mamá lo fue, primípara añosa.

Te tuve de grande, de ahí mi cansancio y tu desdén,

supo decirme,

confirmando que de ella heredé esta propensión
al melodrama y la poesía.

Ante la incertidumbre de quién seré, sigo.

Elaboro tácticas. Ya no busco asiento pendiente de
comodidad, luz u obligación de darlo
solidariamente a embarazadas y ancianos,
prefiero apostar a la proximidad de

posibles víctimas.
Escudriño.

Una chica con anteojos culo de botella se acerca tanto
a la pantalla que se pone bizca y linda.

Vuelve el arrebató
el enardecimiento
la exaltación
la apoteosis
el festín
la aclamación
el frenesí
el ardimiento
el rapto
la vehemencia
el fervor.

Gracias, Chica Miope,
cruzarte en el 34 lleno
me devolvió esta complicidad boba conmigo misma,
leve flotación y travesura como cuando alguien
ríe solo por la calle
y una viéndolo adivina resabios de erotismo,
como supo sucederme también a mí, aunque ya no lo
recuerde.